

I

LA HABITACIÓN DE PLÁSTICO

En la casa del colombiano encontraron dos pistolas, una escopeta recortada, un hacha de carnicero, una sierra, algo de cocaína, tres teléfonos móviles casi prehistóricos y 19.000 euros en siete fajos de billetes arrugados, escondidos tras un cajetín de la luz. Pero lo que más inquietó a Velasco, lo único que le alteró el pulso, fue una habitación sin ventanas, con todas las paredes, el techo y el suelo forrados de plástico, como el que se usa para proteger los muebles cuando se va a pintar. No había ninguna brocha en la casa. La habitación estaba limpia y completamente vacía, salvo por un cubo.

El cubo estaba lleno de ácido sulfúrico.

Tres días después, Velasco dice que aún no se le ha pasado el susto, pero lo disimula bastante bien mientras bromea en la barbacoa, junto a la piscina.

—Chaval, que eso no solo pasa en México, que también pasa en Madrid, pero como solo se matan entre ellos nadie pregunta ni se preocupa demasiado. Quitamos el plástico acojonados por si aparecía un diente o algo así, pero no había nada, estaba todo limpio. Los hemos detenido, pero los cargos son una puta mierda y casi no había droga en el piso. Ya habrán salido — me cuenta mientras mastica una hamburguesa.

Velasco habla con la boca llena. A mí hace tiempo que se me quitó el hambre, pero no puedo dejar de preguntar.

—¿Se cargaban a los tíos con el ácido?

—No, joder, no seas sádico. Imagino que no. Lo del ácido es para deshacerte del cadáver, pero para cargarte a alguien se usan métodos más tradicionales. Claro, que si te pones en plan hijo puta, pues también puedes matar a alguien con ácido, pero debes tener cuidado, no te vaya a salpicar. Te tienen que haber hecho una putada muy gorda, eso sí. Además, no creo que allí hubiesen matado a alguien. El ácido estaba limpio, sin usar. Además, la mezcla del ácido con la carne huele fatal y allí no olía raro. Eso estaba sin estrenar, esperando a alguien. No creo

que montasen todo ese lío para jugar al quimicefa.

— ¿Cuánto tardas en deshacerte de un cuerpo con ácido? ¿Un día o así?

— A ver, que la cosa no es tan rápida. Depende de la pureza del ácido. Los huesos tardan bastante, pero con tres o cuatro días, una semana como mucho, vas bien. Depende de la concentración del ácido sulfúrico. Si es industrial, tardas menos.

— ¿Y de dónde sacas el ácido?

— Eso está tirado. Tienes ácido sulfúrico en cualquier batería de coche. La peña lo suele sacar de las autocaravanas, que son baterías más grandes. Hay también una marca de desatascador de tuberías que tiene una concentración del 95 por ciento que se vende hasta en el Leroy Merlin. Con unos cuantos botes tardas tres o cuatro días, una semana como mucho. Tampoco te creas que deshaces el cuerpo del todo, algo te queda. Pero es más fácil de eliminar que un cadáver completo y casi imposible de identificar. Lo que quede de los huesos lo metes en bolsas de basura y a correr.

— ¿Cómo era de grande el cubo?

— Grande, pero tampoco era un bidón. Como el cubo de basura de un restaurante.

—¿Y ahí cabe una persona?

—Qué va. Para meter a alguien dentro, antes tienes que trocearlo. Para eso habían forrado todo con plástico, claro, para no mancharlo todo. Hay que tener mucho cuidado porque el ácido reacciona con el agua del cuerpo y entra en ebullición, puede salpicar y quemarte. Tampoco te vale cualquier cubo para contener el ácido. Tiene que ser de polietileno o polipropileno de alta densidad, que, si no, te quedas sin cubo y la que puedes liar con el ácido es cojonuda.

—Pero ¿tanta peña se cargan así?

—Pues unos cuantos. A ver, en España se denuncian 8.000 desapariciones al año de mendas que nunca más aparecen. Si no hay cadáver, no hay asesinato. Pero ya te digo yo que muchos de esos acaban en ácido, que no son todos de los que se bajan a por tabaco y se fugan con la secretaria al Caribe. ¡Hay gente muy mala por ahí!

Velasco ya ha terminado la hamburguesa y se levanta para buscar algo más de comer en la parrilla. Alek mira mi cara lívida y se ríe de mí.

—¡Que te está vacilando, periodista!

— ¡Qué sabrás tú, listo! —le responde a gritos Velasco mientras ensarta un chorizo en un trozo de pan.

Estoy algo mareado, probablemente sean las cervezas y el calor. Entro en el chalé buscando un cuarto de baño. Pruebo varias puertas: la cocina, un armario... Al final del pasillo hay otra puerta que abre mal, está enganchada. Empujo fuerte y consigo que ceda. Un trozo de plástico se había quedado trabado bajo la puerta. Toda la habitación está forrada del mismo material. En el centro hay un cubo.

Un mes antes

II

ALEKSANDER

Alek lo conocí hace casi dos años. Es cuarentón, gigantón, tranquilote y simpático. Le gusta la montaña y hacer bromas. Se ríe con facilidad. Mide casi dos metros, pesa más de cien kilos y le cuesta enfadarse. Solo lo hace por trabajo, solo cuando no queda otra opción. Es polaco, tiene amigos poco recomendables y un pasado del que no le gusta hablar. Ahora lleva una vida mejor y más tranquila: trabaja de jefe de los porteros de la discoteca Premium.

—A ver, periodista. ¿Qué coño os pasa a los españoles, que no queréis trabajar? Aquí somos dos ecuatorianos, dos rumanos, un peruano, una argentina, una mexicana y un polaco. Y ningún español.

Alek me pasa el brazo por el hombro y me zarandea en un gesto amistoso que hace que parte del *gin- tonic* me empape la camisa.

— ¡Ningún español! — repite.

Alek se disculpa, llama a la camarera y me pide otra copa. Él solo toma Coca-Cola Zero a sorbitos mientras de cuando en cuando se distrae de la conversación. Parece que escucha voces y, en efecto, eso es lo que le pasa cuando alguno de los otros porteros le habla por el pinganillo que lleva en la oreja.

— Perdon, tío, ahora mismo vuelvo.

Alek parece preocupado.

La Premium es una sala más bien pija, en el centro de Madrid; una de esas discotecas que se construyeron en los setenta en el sótano de un edificio de oficinas. Quince euros, entrada con consumición; doce euros por copa. Queda cerca de la redacción y Alek siempre me invita a la primera; ya soy un habitual.

La música en la Premium está alta, pero no tanto como para que no pueda escuchar los gritos desde la barra en la que estoy, algo apartada de la pista. Hay bronca en la puerta. Como ya llevo más de tres *gin-tonics* y he perdido cualquier resto de prudencia, me

asomo por la escalera hacia la calle para ver qué es lo que pasa. Alek ya no parece tan simpático. «El menda se puso chulito», me contaría más tarde.

El Menda ahora está suspendido en el aire mientras Alek le agarra de las orejas. El Menda chillaba, cae al suelo y recibe una patada en el estómago. El Menda se queda sin respiración y durante tres segundos deja de chillar. Alek agarra al Menda, que vuelve a volar hasta estamparse contra la acera. El Menda recoge su móvil por un lado y la batería por el otro —es un modelo bastante antiguo, todo un zapatófono—. El Menda se levanta y, cojeando, se aleja de la Premium. Se gira, como con ganas de querer decir la última palabra. Mira a Alek, se lo piensa mejor, baja la cabeza y se va. Alek se sacude la ropa, me ve y vuelve a sonreír.

—Perdona, tío, ¿qué te estaba contando?

Soy de los que dicen que no soportan la violencia, de los que se creen incapaces de hacer daño a una mosca. Aquel mes de agosto descubrí que no es verdad. Si fuese cierto, no me hubiese hecho amigo de Alek, nunca habría conocido a Velasco ni habría acabado

así. Fue mi propia decisión, mi absoluta voluntad, la incoherencia entre mis buenas intenciones y la verdad de mis actos, lo que me sumergió en las tripas de la sala Premium con todas sus consecuencias, hasta el final. No puedo alegar que no sabía dónde me metía, no faltaron advertencias previas de que aquello no podía terminar bien.

Fue Alek quien me presentó a mi asesino, pero no le guardo rencor.

III

VELASCO

Una noche Alek ganó 18.000 euros. No pudo dormir. Al día siguiente decidió cambiar de vida porque pensaba que era demasiado fácil como para durar siempre. Probablemente tenía razón.

Alek es sensato y no presume de su dinero. Velasco no puede evitarlo; casi parece que lo que de verdad le mueve no es la pasta, sino el poder contarlo, como el sexo en la adolescencia. En la nómina de Velasco pone que gana 1.687,25 euros brutos, 1.340,90 euros netos al mes. Lo he buscado por Internet en las tablas salariales de la Policía porque Velasco es incapaz de acordarse, yo creo que ni mira la cuenta corriente. Nunca le he visto sacar dinero del cajero ni tirar de tarjeta, por mucho que se alargue la noche.

Siempre lleva fajos de billetes sujetos con una pinza de metal, como si fuese un constructor. En las últimas semanas, le he visto llegar en una moto deportiva, en un Mercedes descapotable y en un Porsche Cayenne. También los pasea por la comisaría. Nadie pregunta.

Yo tampoco pregunto demasiado por esas cosas. Al menos no se lo pregunto a él. Con Velasco aprendí que era mejor así el día en que Alek me lo presentó, unos meses atrás, en una de esas noches que te dan las mil y que no puedes recordar del todo bien. A primera vista me pareció un gañán, un gordo con poco pelo, un cuarentón fondón. Tardas en darte cuenta de que el gordo cabrón está fuerte, como un culturista que se hubiese dejado llevar; que los años en los que estuvo en el ejército, en «los paracas», no solo le sirvieron para aprender a desfilar; que es más joven de lo que aparenta y que con él es mejor no pelear. Aquella noche se entretuvo acosando a la novia de otro tipo, un pijo que estaba en el mismo bar y que no se atrevió a protestar. Más que la impertinencia de Velasco, supongo que le asustó el silencio de Alek. El novio se acojonó y no se

quejó, pero las hostias se las llevó igual. Velasco se dedicó a tocarle el culo a la chica media noche y de propina acabó soltándole dos puñetazos al chaval «porque me miró mal». Fue la primera vez que vi a Velasco fuera de control, Alek lo tuvo que sujetar. A la semana siguiente lo hablé con Alek y ni se acordaba. Era lo habitual en una noche con Velasco, una cosa normal, una anécdota tan tonta que no merecía la pena recordar.

Hoy es martes y hay que ser muy golfo para quedarse más allá de las tres. La Premium cierra tarde y, a partir de esa hora, recoge a los borrachos de los otros garitos; es la sala escoba que amontona la noche de esta parte de la ciudad. Mi casa no tiene aire acondicionado y el calor no me deja dormir. Y no solo estoy de copas, me digo a mí mismo mientras hago tintinear los hielos de mi *gin-tonic* como si fuesen una serpiente de cascabel. También me estoy documentando para ver si así escribo unos reportajes de verano sobre la noche de Madrid, algo de color para el cuadernillo de agosto. Supongo que el resto de la sala también tendrá su propia coartada,

sus propias excusas. Las mías son tan falsas como las de todos los demás. «Este es un oficio de tres letras D», decía Fernández, uno de mis primeros jefes, de esos periodistas que guardaban una botella de whisky en su cajonera hasta que uno de sus antiguos becarios llegó a director y lo primero que hizo fue vetar el alcohol en la redacción; la broma es que la ley seca llegó para compensar con algo más de sobriedad todas las ocurrencias que aportaba el nuevo director. «Ya sabes, chaval, tres letras D», me decía Fernández: «Dipsómanos, depresivos y divorciados. Somos un oficio de gente que se muere calva, sola y de cirrosis, pero al menos madrugamos poco. El periodismo es duro, pero más duro es trabajar». Yo aún sigo casado. Sigo siendo joven y con pelo, pero ya nadie me llama chaval; en junio cumplí los 36. Iba para periodista estrella de la sección de local, pero hace un año me trasladaron a la mesa de cierre. Se supone que fue un ascenso pero nunca lo pareció. Corrijo las erratas de los *columlistos*, cambio el periódico entero cuando llega una noticia a deshora, nadie me da las gracias cuando arreglo un error ajeno, pero soy el único culpable

cuando algo sale mal. Entro a trabajar a las cinco de la tarde y acabo pasada la una de la madrugada. Nadie me espera despierto en casa, así que nunca tengo prisa por llegar. Al menos no madrugo y supongo que solo me falta la D de divorciado para triunfar con el cliché.

Ahora, en agosto, el ambiente en la Premium es algo distinto. En las noches de invierno, entre semana, es fácil ver a algún futbolista del Madrid o a alguna de esas chicas siliconadas de portada de *Interviú*. En verano hay menos famoseo y más guiris, más estudiantes universitarios con mucho tiempo libre, mucha chica guapa de extrarradio en busca de novio serio, mucho malote pijo de moto y urbanización en busca de un ligue de una noche. «Joder, aquí ya dejan pasar a cualquiera. Mira, ha venido Torrente», le dice a su colega un bocazas que acaba de entrar en la sala vestido como si viniese de cantar en una gala de Operación Triunfo mientras mira a Velasco, que le ha oído. Ha sido una mala idea.

La verdad es que Velasco no pega en la Premium. Lleva las mismas marcas caras que los demás, las mismas camisas de 120 euros,

pero a él no le quedan igual, como cuando uno se prueba la americana de su padre. Alek es tan grande que intimida sin esforzarse; es una torre de dos metros, rapado y con acento polaco. Velasco es más bien bajito, algo fondón, suda mucho y solo parece peligroso al segundo vistazo, cuando le sale ese tic en el ojo izquierdo.

Por eso Velasco es tan exuberante con la pasta como con la mala hostia, por necesidad. El bocazas aún no lo sabe, pero esa noche él y su colega dormirán en el hospital.